Mino | Antonio Soler

Ilustra, Carmen Bustamante

- Mino, ¿tú sabías que a mi padre lo fusilaron porque le rezaba a la baraja, a la sota de bastos?

Mino lo miró de reojo, con la cara tan grande, secando los vasos al otro lado del mostrador.

- ¿Tú lo sabías, Mino?

- Pero eso fue el padre de Cañadas, el policía, ¿no? Eso se lo hicieron a su padre.

- A mi padre lo fusilaron, Mino.

- Sí, pero eso sería por otra cosa. Lo de las cartas fue el padre de Cañadas, que dice que se ponía de rodillas y le rezaba a la sota de oros. A la de oros, sería por lo del dinero, que dicen que era capaz de jugarse a la mujer. Y que por eso lo fusilaron, por las cosas de los curas. Y más que habría. Pero tú lo que tienes que hacer es no pensar en fusilamientos de hace treinta años ni en nada, irte para tu vagón y dejar que las cosas se arreglen.

Pasó un tren de mercancías, muy lento, cabeceando.

- Mira, ahí va la Serpentina de las doce y media. Lo menos lleva cuarenta vagones.

Mi tío Guterres no se volvió a mirarlo. Por el espejo turbio del anuncio de coñac vio el tren doblado, como si fuese para Córdoba.

- Mino, ¿tú te crees que no se morirá? O que sí.

- Se muera o no, tú no tienes nada que ver, él se lo ha buscado. Y por mucho que bebas no lo vas a revivir.

A mi tío Guterres se le puso cara de niño para pedir otro vaso de vino, para suplicar, él que nunca bebía.

- Dame otro, anda, Mino, el último. Si me hubiera quedado aquí, si no me hubiera entrado la prisa. Pero tenía sueño, Mino. Anda, dámelo.

Se recordaba a sí mismo mi tío Guterres hacía un rato, dos o tres horas, saliendo de la cantina y diciéndole a Mino, Adiós Mino, ya hasta dentro de dos meses, porque me toca Transiberiano. El Transiberiano se lo decían al tren de Extremadura. Se acordaba que al salir de la cantina miró las estrellas. Se quedó mirándolas y pensó, como siempre, que la que más brillaba era su hijo muerto, Manolito. Y luego se quedó mirando las vías, las piedras blancas, mientras calculaba lo que iba a ganar ese mes en el Transiberiano, el tren más lento del mundo.

- ¿Tu padre era portugués? –Mino le llenaba el vaso.

- De La Roda, como yo. Su padre sí era del otro lado de Sevilla. De Portugal. Mi niño ya nació en Málaga.

Había pensado mi tío Guterres allí, mirando el hierro de las vías medio brillando en la noche, en los treinta y cuatro años que llevaba viviendo encima de aquellos raíles, moviéndose de un lado para otro y sin moverse nunca de verdad. Viendo pasar olivos, rebaños de cabras y montes como si fueran los montes, las cabras y los árboles los que se movieran y él siempre estuviese en el mismo sitio, cocinando en su hornilla de petróleo, tumbado en su colchón, mirando las estrellas. Desde los trece años.

Y luego pensó en que en el Transiberiano estaba Usera, y que la comida era gratis, con los vales, y empezó a hacer números, a contar pesetas. En los escaparates de Córdoba, en los de Málaga y hasta en la cantina de Mino, aquellas chucherías que le traían de Bobadilla, se quedaba mirándolo todo pensando en lo que le compraría a su hijo si no se hubiera muerto. Buscaba las palabras que le hubiera dicho al darle el regalo y se imaginaba la cara de Manolito al coger la ametralladora de plástico, el reloj, la corbata, ahora que ya tendría diecinueve años.

- A todos nos han fusilado más de una vez en la vida, Mino. A mí con lo de mi hijo me estuvieron fusilando más de tres años al amanecer, todos los días. Hasta que pude respirar otra vez. Me tardó el aire tres años en llegar de la boca a los pulmones, Mino. Y luego dices que a mi padre no lo fusilaron.

Mino se secó las manos. Tenía más pelos en las cejas que en la frente, y los ojos muy pequeños. Le dio a los interruptores y se apagaron todas las luces de la cantina menos las que había dentro de la barra. Ahora parecía que los dos hombres estaban en medio de una isla y que los respaldos de las sillas eran aletas de tiburones nadando por en medio de la oscuridad.

- Díme tú si me merezco lo que me pasa, Mino –a mi tío Guterres le costaba tragarse el vino, pero se esforzaba.

Ya desde lejos le había parecido ver una luz moviéndose por entre los vagones, pero pensó que era cosa de la vista, de la distancia, y siguió haciendo cuentas. Se imaginaba a Manolito repasando aquellas filas tan largas de números que tenía anotadas en los papeles de la RENFE, satisfecho, con la corbata que él le habría comprado, con el reloj, con una pluma Parker con un aro de oro y su nombre grabado, a lo mejor ya tendría hasta bigote. El tiempo. Pensó en su cama, en el vagón, en los periódicos atrasa-

dos que tenía por leer, más de quinientos. Los cogía por las estaciones, ya atrasados, gratis.

- ¿Tú sabes lo que más me habría gustado regalarle a mi hijo, Mino? ¿Lo sabes? ¿Lo que más ilusión me habría hecho? La historia de la vida de Carlos Gardel que vi en el escaparate de la papelería Ibérica de Málaga. Con fotos.

Y cuando llegó al vagón y fue a meter la llave en el candado ya no le dio tiempo a pensar en nada. Ya estaba allí el ruido dentro, como de ratones. Pero él supo que no eran ratones, por eso se agachó a coger la barra que había metida al lado del tope. Con el hierro en la mano todavía le dedicó un pensamiento al Transiberiano, a los vales de Usera y a la casa de comidas que había en Almendral, la del lomo.

- Ya no te voy a dar más vino. Ya lo que tienes que hacer es irte, dormir –contestó Mino al golpe que mi tío Guterres había dado con desgana en la barra-. Que no –volvió a decir ante el nuevo golpe, un poco más enérgico, enseñando el diente de oro, de mi tío-. Que es mejor que te vayas.

- ¿Otra vez? ¿Otra vez me voy a ir, para que me pase lo mismo? Ya me he ido antes.

Antes de descorrer la puerta ya lo había visto, de espaldas, retirando la montaña de periódicos, con la linterna alumbrándolo desde el suelo. Se metió dentro de un salto, como si de pronto mi tío hubiera aprendido a volar, y antes de que el otro se diera la vuelta ya soltó el primer golpe con la barra. El muchacho tuvo tiempo de alzar la mano para que mi tío le quebrara tres o cuatro dedos. No se dijeron nada, no hubo palabras, sólo el ruido de los cuerpos al moverse, de los golpes de la barra en el camastro, en la espalda del muchacho, en el codo, en una de las montañas de periódicos, la patada en la entrepierna de mi tío, otra vez la barra rompiendo algún dedo, un gemido que parecía de muelles oxidados, y las piernas del muchacho arrastrándose por las maderas del suelo. Y el golpe fuerte de la barra en la cabeza, que sonó blando, como un melón que se cae al suelo. Y el otro golpe en la espalda, el que sonó a astillas rotas. Entonces fue cuando ya habló mi tío y dijo, Qué buscas, eh, qué buscas, y el otro se volvió para mirarlo desde el suelo, con cara de extrañeza, la cara muy fina, como si no estuviera seguro de que le estuvieran hablando, como si le hubieran preguntado la hora o alguna cosa sin importancia y él fuese a decir, Dígame usted, pero no dijo nada, porque mi tío Guterres le dio el último golpe, en mitad de la cara y ya no hubo más ruido que el de la respiración

de mi tío y el de unas gotas que caían por entre las maderas del suelo a las piedras blancas de las vías.

- A mi padre lo fusilaron como a un perro, igual, Mino. No te creas que lo fusilaron como en las películas que tú has visto, con tambores. Contra la tapia del matadero y nada más que con dos balas, porque el fusil del otro, había tres, se encasquilló. Se le hubiera encasquillado el alma.

Y entonces es cuando le dio el miedo, cuando ya no oyó nada más que las gotas y el pitido ronco de sus pulmones. El miedo que nunca lo había dejado pelearse con nadie y que ahora estaba allí de golpe, moviéndole todo el esqueleto como si los huesos se le fuesen a salir de su sitio, cada uno para un lado, con tanto frío. Se bajó del vagón y desde fuera se quedó mirando el cuerpo tendido, desbaratado a la luz de la linterna. No quiso mirar para el cielo, sólo para adelante, para lo oscuro de la noche. Vio el tren mucho más largo de lo que era.

Mino lo miraba con la cara torcida, volcados para un lado los mofletes tan anchos que le bajaban de los ojos hasta la mandíbula como si fueran dos mantas de carne.

- ¿Tú sabías, Mino, que yo de joven cantaba tangos, que hasta me pagaban por cantar en las bodas, Mino?

- Me lo has dicho tú otras veces. Y que ya no cantaste más cuando lo de tu niño.

- Pues hoy ahí me han dado ganas de cantar. O por lo menos me he acordado de la letra de un tango. En medio de los vagones. Para quitarme el miedo o para pensar que estaba en otro sitio. Que no me había pasado lo que me había pasado.

Pensó arrastrarlo por entre los olivos hasta el barranco y dejarlo allí. Y luego en meterlo debajo del camastro y tirarlo cuando el tren estuviera en marcha. Eso es lo que pensó, pero cuando estaba subiendo otra vez al vagón, ahora mucho más lento, más torpe que antes, el muchacho dijo, La Lola, o, La bola, y movió un pie. Se cayó del vagón mi tío Guterres, y ya sin mirar para otra parte que para la luz del fondo, para la cantina, empezó a correr, con el dolor de la pierna y la nariz echando sangre por la caída. En la cantina, al lado de Mino estuvo esperando la llegada de la policía, de una ambulancia.

- Eso es lo que más me gustaría en el mundo, lo que más ilusión me

haría, Mino. Llegar a mi casa y encontrármelo con el libro de Carlos Gardel en las manos. Y ya ves.

Mino le abrió la puerta, lo cogió del brazo para ayudarle a subir el escalón grande.

- Uno no sabe por qué hace las cosas que hace, ¿no es verdad, Mino? Va andando por el mundo como los perros por las carreteras. Como los trenes por los raíles. Así.

Mi tío Guterres salió del techado de la cantina y empezó a andar bajo las estrellas hacia la oscuridad de los vagones. Iba intentando contar los días que le quedaban para subirse al Transiberiano.